

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

2 de noviembre de 2007

Sab 3, 1-9; Sal 22; 2Cor 5, 1.6-10; Jn 14, 1-6

Queridos hermanos y hermanas: La Iglesia, que es madre bondadosa y solícita, no tiene bastante con recordar a los difuntos cada día en su liturgia sino que dedica un día al año a hacer memoria de ellos en la plegaria y en el amor fraterno. La Iglesia de Occidente lo hace en el día de hoy recogiendo la iniciativa de un monje y abad del s. XI, san Odión de Cluny.

La oración de la Iglesia por los difuntos, tal como la pone en nuestros labios la liturgia, es una plegaria serena. Dolorosa, sí, por el derrota personal que supone la muerte, por el sufrimiento que la rodea y por la separación física de los seres amados. Sin embargo, es una oración siempre serena, confiada, esperanzada. Es que, como canta la liturgia, recordando la afirmación de san Pablo que hemos oído a la segunda lectura, "al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo" (Prefacio de difuntos 1). Es decir, cuando la vida personal que vivimos en la condición mortal desaparece a causa de la muerte, nos es dado entrar en otra forma de vida, no débil y mortal como la de ahora, sino para siempre y en plenitud en el seno de Dios, superando las limitaciones y finitudes de la vida presente. Es el resultado de lo que nos acaba de decir Jesús en el evangelio: *voy a prepararos sitio [...] para que para que donde estoy yo estéis también vosotros.*

Si os habéis fijado, en la liturgia de la Palabra de hoy, hemos encontrado repetidamente una visión contrastada entorno a la condición mortal de los seres humanos. Al lado de la muerte vista como un *mal* y como *partida*, aparecía en la primera lectura la idea de que era camino hacia la *paz* y la *inmortalidad*. En el salmo, este contraste era expresado en términos de pasar *por cañadas oscuras* y encontrarse enfrente de los enemigos que arrancan de cuajo la vida, mientras que, en su amor de *pastor* solícito Dios lo transforma en serenidad, en reposo, en banquete, en vida que perdura *en la casa del Señor por años sin término*. Y, todavía, san Pablo nos decía que nuestra condición en este mundo -por más que nos pueda parecer atrayente y gratificante- es como la de los emigrantes. O dicho de otra manera, cuando uno ha descubierto a Jesucristo y desea encontrarse con él porque le ama más que todo, la vida de ahora es como la de uno que está fuera de su país y vive con una cierta precariedad y con mucha nostalgia. El creyente de verdad desea pasar del hecho de creer a ver. Y este paso inexorablemente se hace a través de la muerte. Por eso, al cantar el aleluya, nos animábamos los unos en los otros con aquellas palabras: *si morimos unidos a Cristo, también viviremos con él*, porque " al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo ".

La muerte, a pesar de su misterio que cuestiona fuertemente la inteligencia humana, no es un dejar de existir, según la enseñanza del Nuevo Testamento. Es un ir hacia Cristo para tener vida; tal como nos decía al evangelio: *os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros*. Por eso, los cristianos tenemos que mirar la muerte -la nuestra y la de los otros- con la confianza que nos da la palabra de Jesucristo, y por lo tanto con el corazón serenado por la esperanza. Porque tal como afirma la liturgia de difuntos reflejando la fe de la Iglesia, "la vida de los que en ti creemos (...) no se termina, se transforma " (Prefacio de difuntos 1). Se transforma desde el momento en que la muerte es el umbral que nos permite entrar en la casa de Jesús -que es la casa de Padre- para vivir participando de la gloria divina.

Es desde esta perspectiva de fe que hoy hacemos memoria de nuestras personas

amadas que ya han muerto y por las cuales ofrecemos esta Eucaristía. Nuestra plegaria unida a la de toda la Iglesia pide que los difuntos, purificados de sus pecados y de sus limitaciones, puedan disfrutar de la vida en Cristo para siempre. Nuestra comunidad, hoy recuerda particularmente el G. David Pau, que nos dejó en diciembre pasado, y todos los otros monjes que nos han precedido. Además, hacemos presentes en nuestra plegaria de sufragio a nuestros familiares y amigos (los de los monjes, los de los escolanes, los de todos los que formamos esta asamblea). Tenemos presentes, todavía, a todos nuestros hermanos en la fe, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que ya han dejado este mundo, y también a todos los otros que han muerto, el secreto de su corazón sólo conoce Dios. Para todos pedimos, confiados en la Palabra de Jesucristo, que, ya que se les ha deshecho "la morada terrenal", tengan "una mansión eterna en el cielo".

La plegaria por los difuntos, sin embargo, tiene que ser coherente con nuestra manera de vivir. Eso pide acoger con confianza sobrenatural nuestras limitaciones y nuestras precariedades físicas; pide, pues, cómo nos decía san Pablo, ser *constantemente en las pruebas* con la esperanza de poder reinar *con* Cristo después de la muerte. La coherencia de nuestra vida con la oración por los difuntos, pide de alguna manera "tener la muerte presente ante de los ojos todos los días" con serenidad y fe confiada (cf. RB 4, 47), no para vivir angustiados o con miedo ante la muerte, sino para ser conscientes del término hacia el cual nos encaminamos indefectiblemente y saber valorar con justeza todas las cosas de esta vida. Porque, desde la perspectiva cristiana, no tendría sentido ofrecer sufragios por los difuntos si no procurásemos vivir con el corazón puesto en un horizonte que va más allá de esta vida mortal. Más, todavía, la verdadera pasión de los cristianos tendría que ser "anhelar la vida eterna con toda la codicia del espíritu", para decirlo con san Benito (RB 4, 46).

Una vida eterna que ya se empieza a hacer realidad en nosotros en este mundo a través de la gracia de los sacramentos. Por eso, ahora nos disponemos a recibir el pan de la inmortalidad que el Padre del cielo nos reparte por medio de Jesucristo. Al tomarlo, el Espíritu que ha transformado este pan hecho por manos humanas en pan de vida, nos alimenta espiritualmente y nos da la prenda de la vida para siempre. De manera que, nutridos con este alimento espiritual, podamos pasar, a través de la muerte, de la comunión con Jesucristo vivida en el velo de la fe a disfrutar de su presencia, viéndolo tal como es, en el gozo de la casa de Padre.